

La evangelización, entre la propuesta y la incertidumbre

Cabe reconocer que en nuestros programas eclesiales aparece con mayor frecuencia un lenguaje que habla de “evangelización”. Esto denota, sin duda, una responsabilidad y una actitud nuevas. Pero en muchos casos se trata de designar, con nombres diferentes e inadecuados, una actividad pastoral que no es evangelizadora. La evangelización propiamente dicha queda muy difuminada en el conjunto de nuestra organización. Mientras que los documentos eclesiales afirman de forma rotunda que es la hora de la evangelización. Mientras que los documentos eclesiales afirman de forma rotunda que es la hora de la evangelización y las reflexiones teológico-pastorales van procurando abrir camino a las prácticas concretas, la organización de la Iglesia, sus estructuras y acciones siguen perpetuando la imagen creada en unos tiempos en los que la evangelización era la obra, desarrollada en países no cristianos, de unos pocos cristianos generosos. Nos hallamos en un tiempo caracterizado entre la propuesta y la incertidumbre.

Una propuesta estimulante

Un factor decisivo en esta línea fue la primacía que iba adquiriendo la pastoral en la vida de las diócesis. Las nuevas circunstancias sociales y culturales provocaron una nueva actitud ante la realidad. *No bastaba simplemente la repetición de los viejos modos de actuación*, propios de una sociedad de cristiandad. Ante los desafíos de la nueva circunstancia histórica se requería un esfuerzo renovado y unitario que aglutinara todas las posibilidades y potencialidades de la iglesia local de cara a una evangelización más adecuada a las urgencias del momento.

Ahora no cabe reseñar *la multiplicidad de aspectos que van favoreciendo* la iglesia local como propuesta ineludible para la evangelización. El abanico de todos ellos muestra con claridad que son muchas las vías por las que va penetrando en el conjunto de la comunidad diocesana la conciencia de construir una realidad única, de ser un sujeto eclesial, de compartir una misión común. Por ello ha resultado fácil - donde se ha intentado conscientemente - ayudar a descubrir que la diócesis era realmente la Iglesia en un lugar, una iglesia local. En general se puede afirmar que existen los presupuestos (personales, organizativos, instrumentales) para que la teología de la iglesia local sea asumida conscientemente y para que los cristianos

concretos vivan su fe como miembros responsables y protagonistas de una Iglesia evangelizadora.

La incertidumbre y las resistencias

También existe el reverso, porque la experiencia aludida está en realidad cargada de incertidumbre. La carencia fundamental y radical se manifiesta ante todo en el hecho de que aún no se ha hecho realidad (ni siquiera se ha tomado conciencia clara de ello) la iglesia local como sujeto único de la misión en un territorio concreto. El territorio designa no tanto un espacio geográfico cuanto un contexto social, cultural, civil. Una iglesia local debe identificar las características y las peculiaridades del entorno social en que se encuentra, sus expectativas y problemas, sus estratos y diversidades. Si descubre que existe como iglesia en función de ese conjunto de hombres y de mujeres no podrá cerrarse de modo satisfecho y autosuficiente en sus propias estructuras y organismos, en su culto y en sus devociones.

Desde la perspectiva y el horizonte así descubierto se *comprenderá a sí misma como enviada*; es decir, con una misión, con una tarea, que no consiste fundamentalmente en satisfacer las necesidades religiosas de quienes se consideran en el interior de la Iglesia, sino en desarrollar el designio salvífico de Dios y en instaurar el Reino de Dios anunciado por Jesús y actualizado por el Espíritu. En medio del territorio, en actitud de solidaridad con sus habitantes, desde la conciencia de envío, se va afirmando la iglesia local como protagonista colectivo, formado por múltiples personas concretas, que debe llevar adelante una tarea compartida por todos los bautizados, a la cual contribuye cada uno con sus posibilidades y potencialidades.

Ante esta situación, *surgen las resistencias de la realidad pastoral*. El cansancio producido por todo el esfuerzo exigido, la resignación de quien no se considera capaz de mantenerse en camino durante muchos años, el temor a no alcanzar la meta anhelada, la debilidad de quien constata que las fuerzas decaen, el envejecimiento y la escasez de los actores convocados a escena, el peso de una historia que no se puede transformar a voluntad... Las dificultades y las rémoras forman parte de la condición humana de las personas, y, por tanto, de la evangelización. Pero, a veces, la incertidumbre puede venir tan sólo alimentada por los fantasmas.

Una nueva configuración social

La nueva configuración social, tanto a nivel religioso como económico, político y cultural, plantea la necesidad de la iglesia local. Nuestras diócesis se encuentran radicadas en unos grupos sociales plenos de dinamismo, con configuraciones políticas nuevas que fomentan la cultura propia y las peculiaridades locales, pero con el objetivo determinante de responder a los desafíos y las exigencias del futuro. Estas sociedades, especialmente en sus generaciones jóvenes, *ven debilitarse su memoria cristiana*. Esos jóvenes van a ser adultos y los protagonistas de la próxima generación. La actual iglesia local debe sentirse radicada en su lugar, pero desde un futuro pluralista que no se va a identificar fácilmente con su pasado. Cada iglesia (o cada comunión de iglesias) ha de sentirse depositaria y guardiana de la memoria, pero para ser protagonista del futuro.

Este nuevo contexto exige *un dinamismo evangelizador mayor* de las iglesias locales, pues ha de desarrollar la comunión inter-ecclesial en el seno de la propia comunidad autónoma o región. La historia va provocando situaciones nuevas. Actualmente la comunicación de la fe no se puede dar por supuesta. La modernidad ha provocado una separación y una diferenciación innegable e irreversible entre la comunidad eclesial y la sociedad civil. La iglesia local no se identifica con la población del lugar. Y tampoco puede esperar que su presencia en el futuro se parezca a la figura que tiene en el presente. La pregunta decisiva ha de ser: *¿cuál es la iglesia evangelizadora posible en el futuro?* Sólo desde ese futuro podrá comprender su quehacer como un proyecto viable y plausible. Esto hará posible que la Iglesia se descubra realmente como enviada. La misión, el lugar que la espera, se dibuja en lo inmediato, en el contexto más inmediato. Ha de identificar qué es lo que puede ofrecer y proponer a esa sociedad como novedoso y genuino. Un breve recorrido por la historia nos ayudará a precisar la novedad esperanzadora de hoy.